

CHAU, PACO



Dr. Francisco Maglio.

Era el martes 16 de mayo, y yo viajaba a ese congreso de medicina interna de los amigos de AMIR en Rosario al que vos solías ir, y que en los últimos años, por tu problema de salud, no pudiste asistir. Fue cuando por las redes sociales me enteré de tu partida. Y no paraban de venirme recuerdos.

Si bien te conocía de tiempo antes, empezamos a relacionarnos por 1995, con la carrera de Medicina Crítica de la UBA, y tuvimos mayor contacto cuando conociste un trabajo de nuestro grupo acerca de la reinserción social y la calidad de vida de los pacientes que sobrevivían a la terapia intensiva. Siempre que te iba a ver a una conferencia vos hablabas (bien) del mismo, sin saber que yo te estaba escuchando. Ya hace tiempo que tu discurso se centraba en lo humano, lo social, lo no medicalizado.

Posteriormente tuvimos infinidad de encuentros e intercambios, tus conferencias en los congresos SAM, en las jornadas de estudiantes del Hospital Vélez Sarsfield, y en todo evento de bioética al cual se te convocaba. Si tu agenda lo permitía, nunca decías que no. Escribiste un editorial en el último número de la RAM, y todavía tengo otro listo para un próximo número.

Siempre fui testigo del cariño del público, ya sea del que te conocía, como de los jóvenes que preguntaban quiéneras. Estudiantes, recién graduados y hasta los veteranos siempre pudimos generar nuevo conocimiento luego de oírte e intercambiar opiniones. En 2016 la SAM te nombró mentor, reconocimiento que se entrega a todos aquellos que marcaron un antes y un después en la vida profesional de muchos jóvenes (y hasta diría no tanto) médicos.

En el acto de clausura del congreso AMIR, el doctor Daniel Flichtentrei mencionó que te acompañó en los últimos días, que consciente de tu situación dijo que “no querías vernos tristes”, enviando un mensaje de alegría por la vida y la existencia, que **se necesita dignidad para la vida y también para morir, y no voy a dejar que me la quiten**, pidiendo que te recordemos con alegría. Menos de 48 horas antes de tu partida le enviaste a Daniel un trabajo para que edite. Nos regalaste **la frase la medicina no es un territorio ni de fanfarrones ni de mercaderes, sino que la hacen los que tienen la sensibilidad y el coraje cada día de enfrentar el dolor ajeno, la miseria, la vida y la muerte.**

Pero lo tuyo no fue sólo discurso “progre” del aula o el texto: “Los afectos son sanadores, los desafectos enferman”, “pasar del interrogatorio al escuchatorio”, “curar es diferente a sanar”. Decías que debíamos **tomar conciencia del presente de corrupción en que se vive y saber que cuando se “distraen” recursos de salud para fines menos dignos, esa corrupción es causa de enfermedad, y que lo peor de la corrupción es acostumbrarse a la misma, pues hay una delgada línea que da paso a admirar al corrupto, y de allí a premiarlo.** Una de tus frases más celebres, a mi gusto, fue la de que **durante años hemos confortado a los afligidos, llegó la hora de afligir a los confortados.** No me queda ninguna duda de que tu discurso revolucionario no era solamente declamativo. Recuerdo tu “salida” del cuerpo docente de una entidad por manifestarte en contra de determinadas estructuras vinculadas a la misma que potenciaban la hegemonía médica. Incorporaste en el lenguaje de muchos el concepto de “ataque de importancia” cuando una persona (médico en conferencia) se jactaba de ser aplaudida. Llevaste a la práctica en tu vida esa frase de Andrés Calamaro que dice que **la honestidad no es una virtud, sino una obligación.**

Estableciste el paradigma del “buen médico” y el del “médico bueno”.

Siempre conversábamos sobre la definición de muerte digna, y acuñé tu concepto: **sin dolor, sin disnea, en lo posible con lucidez, en lo posible rodeado de sus afectos.** Una definición que puede ser diferente en



Dr. Francisco Maglio (tercero de la izquierda).



En familia.

diversas fuentes, pero que vos la hiciste sencilla, que bajaste al plano popular. Y que cumpliste para vos: te fuiste con los tuyos rodeándote, lejos de la parafernalia tecnológica, del encarnizamiento, de la futilidad, de esos conceptos en los que hiciste traslación en cada conversación, pasando del tecnicismo académico (siempre teñido de algo de filosofía incomprensible) al concepto (siempre ejemplificado) popular y comprensible, tanto en tus discursos como en tus libros. Y siempre con un toque de humor que teñía tus miles de anécdotas. Como dijo Silvia Quadrelli, supiste **bajar la bioética "a la calle"**. Jorge Luis Borges decía (lo sabés de sobra pues lo citaste miles de veces) que **uno muere cuando muere el último que lo recuerda**. Es probable, entonces, que seas eterno, pero no quisiera que por esto te viniera ese ataque de importancia que tanto cuestionaste...

Espero que toda la generación de tus seguidores (que creo que va a ser interminable) continuemos luchando por una calidad de vida más justa, lo cual seguramente implique afligir a los confortados.

*Yo no sé lo que es el destino,
caminando fui lo que fui.
Allá Dios, que será divino:
yo me muero como viví.*

“El necio”, Silvio Rodríguez